



BOOK REVIEW

**La maduración del “enfant terrible”
El escritor, el Amor y la Muerte
Enrique Medina, Ed. Planeta (607pp)**

Pablo BALER

Argentina no se destaca por su producción de escritores malditos. Los hay de todas las naturalezas pero ninguno que haya rescatado, con un estilo despojado de eufemismos, la cruda experiencia de la marginalidad. Ya desde 1972 con la publicación de “Las Tumbas”, Enrique Medina viene perfilando esta literatura sin anestesia que le valió, durante la década del 70 y principios de los 80, la prohibición o, en el mejor de los casos, el boicot. Con *El escritor, el Amor y la Muerte*, publicada el año pasado por editorial Planeta, Enrique Medina retoma su extraño oficio de microcirujano, enunciando, declamando, articulando cada impresión sobre las realidades argentinas como si fueran los miembros abiertos de una rana agonizante.

Lo que comenzó como un guión de TV sobre el comentado caso del dentista argentino que en 1992 mató a escopetazos a las cuatro mujeres con quienes vivía, terminó transformándose en una novela vertiginosa, desbordada y despiadada. Pero ese múltiple asesinato es sólo un punto de partida para una ficcionalización libérrima, un pretexto de Medina para construir una demostración casi fenomenológica de los pasos que pueden conducir a una persona a matar, o a un país entero a caer por el abismo. Desde el principio sabemos cómo va a terminar la historia. Pero no es el suspenso lo que nos mantiene leyendo sino el ritmo del

lenguaje y la versatilidad de los recursos narrativos. La inclusión de historias (por lo general de una morbosidad sádico-escatológica) escritas por el protagonista Heriberto Dominguez, y los discursos de todos los personajes secundarios, logran mantener, a lo largo de 607 páginas, el interés y la tensión de la lectura. La aceleración de la novela reside, más que en la intriga, en este armado en abanico impredecible, creado por un autor que se sabe dueño de una mano ganadora y que nos va descubriendo, una por una, lentamente todas las cartas del juego. “El escritor, el Amor y la Muerte” no es una novela de trama, ni de personajes ni de atmósferas. Es una novela de voces; y aunque intuyamos que todas las voces no son sino una sola; la del autor, Medina logra producir una opera polifónica, una sinfonía de aguafuertes porteñas que no tienen nada de aguadas y sí toda la fuerza de un drama asfixiante. Porque con una misantropía digna de Swift pero aún más descarnada, Medina nos persuade de que el hombre es la única degradación de la naturaleza, el mundo “un prostíbulo de cuarta”, y el haber nacido argentino la verdadera tragedia. En contraste con eso que algún genio de la propaganda política acuñó como “la estética menemista”, y que tiene su más abnegado representante en el decadente artista plástico Federico Klemm, Medina instauro definitivamente la estética del resentimiento, de la marginación, del hartazgo. Medina es el narrador de una Argentina que no es ni buena ni mala sino, como decía Borges del peronismo: incorregible. Por eso, nadie como Medina ha logrado hacerse eco de esos latidos subterráneos y estertóreos de la Argentina oprimida bajo la violencia social, y sólo él ha intentado pegarle el tiro final, consciente de que un pueblo violento morirá una muerte violenta; o lo que es peor, entrará en un estado de eterna moribundez.